

MARY KALDOR

Un nuevo enfoque sobre las guerras

Traducción de Leandro Nagore

¿La guerra en Irak declarada por EEUU se ajusta a los viejos esquemas de la guerra o responde a un nuevo tipo? ¿Tienen algo en común la II Guerra Mundial, la Guerra Fría y la actual "guerra contra el terror"? La autora señala la importancia de distinguir entre viejas y nuevas guerras, así como la necesidad de desarrollar un nuevo análisis de la guerra más acorde con el mundo contemporáneo, que permita comprender y resolver los problemas de nuestro mundo.

El presidente Bush a bordo del USS Abraham Lincoln en mayo de 2003, en uniforme y delante de un enorme cartel con las palabras "Misión Cumplida", anunciaba el "alba de una nueva era". Además, añadía que EEUU había desarrollado una nueva forma de guerra que, mediante la explotación de las tecnologías de la información, es más rápida, precisa y con menos bajas como nunca antes en la historia. Las fuerzas de la Coalición, añadía Bush, derrotaron al régimen iraquí mediante "una combinación de precisión, rapidez y audacia que el enemigo no se esperaba y que el mundo jamás había visto".¹

Efectivamente, la guerra en Irak es un nuevo tipo de guerra, y es cierto que en ella se han hecho uso de nuevas tecnologías como sistemas de satélites, internet o telefonía móvil. Pero con "nuevas guerras" me refiero a algo distinto, que no tiene nada que ver con la tecnología sino más bien con las relaciones sociales de la guerra; y no estoy hablando de un nuevo tipo de guerra asociada con la globalización y la desintegración de los Estados — como en los Balcanes o en África—. Es fundamental identificar las nuevas guerras en estos términos si pretendemos enfrentarnos a los problemas que éstas conllevan.

Mary Kaldor es profesora de Gobernanza Global y directora del Centre for the Study of Global Governance en The London School of Economics and Political Science (LSE)

¹ Presidente George W. Bush, *El Presidente anuncia que han finalizado las operaciones principales de combate en Irak*; Comentarios del Presidente Bush a bordo del USS Abraham Lincoln, 1 de mayo de 2003.

Tanto la Guerra Fría como la “guerra contra el terror” se asemejan a lo que yo llamaría viejas guerras que incorporan el uso de las nuevas tecnologías. La insistencia en enfocar los conflictos en términos de las viejas guerras es un enorme obstáculo para la resolución de muchos de los grandes problemas del mundo, e incluso podría exacerbarlos. Sucesivos gobiernos estadounidenses siguen comportándose como si estuvieran luchando en la II Guerra Mundial, cuando los conflictos de hoy en día, ya sea en los Balcanes, en África o en Irak, son muy distintos y mucho más complejos de gestionar si no se analizan de otra forma.

Las viejas guerras

Las “viejas guerras” se refieren a una visión idealizada de la guerra que caracterizó a la Europa de finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. Una vieja guerra es aquella librada entre Estados, mediante Fuerzas Armadas uniformadas, donde la batalla era el choque decisivo. Tal y como argumenta de manera convincente Charles Tilly, las viejas guerras estaban ligadas a la emergencia del moderno Estado-nación y tenían el objetivo de consolidar el Estado.² “La guerra hizo a los Estados, y viceversa”, apunta Tilly.³ A través de las guerras, los Estados fueron gradualmente monopolizando el uso de la violencia organizada, eliminando ejércitos privados, forajidos, levantamientos feudales, y logrando establecer fuerzas profesionales a las órdenes del Estado. Se incrementaron los impuestos y los préstamos, al igual que la eficiencia administrativa y los servicios públicos y, ante todo, se forjó el concepto de comunidad política. Comunidades imaginarias, basadas en el desarrollo de la prensa y las novelas en lenguas vernáculas gracias a las que personas que compartían el mismo idioma llegaban a verse como componentes de una única comunidad, se consolidaron mediante la guerra. Carl Schmitt trata del concepto de lo político que subyace al Estado moderno. Para él, inherente al concepto de lo político está la distinción amigo-enemigo, que según Schmitt está ligada a la “posibilidad real y física de matar”.⁴ El Estado tenía la labor de defender el territorio contra los otros, y esta labor otorgaba al Estado su legitimidad. *Protecto ergo oblige* (protejo por tanto soy obedecido), dice Schmitt, es “el *Cogito Ergo Sum* del Estado”.⁵

Las viejas guerras se libraban, en teoría, siguiendo unas normas —sobre la minimización de las bajas civiles, el trato correcto a los prisioneros, etc—, codificadas a finales del siglo XIX y principios del XX en las Convenciones de Ginebra y La Haya. Las reglas eran

² Charles Tilly, *Coercion, Capital and European States AD 990-1900*, Basil Blackwell, Oxford, 1990.

³ *Ibidem*, p. 67.

⁴ Carl Schmitt, *The Concept of the Political*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1990, p. 33; primero publicado en 1932 como *Der Begriff des Politischen*.

⁵ *Ibidem*, p. 52.

fundamentales para establecer la legitimidad de las guerras. Pero hay una línea muy fina entre los héroes y los criminales, entre las muertes legítimas y el asesinato.

Las nuevas guerras exacerbaban la desintegración del Estado y cimientan nuevas identidades sectarias que socavan el sentido de una comunidad política compartida

Las nuevas guerras

Lo que yo denomino “nuevas guerras” es todo lo opuesto. Éstas son guerras que ocurren en el contexto de la desintegración de los Estados (especialmente Estados autoritarios bajo el impacto de la globalización). Son guerras libradas por redes de actores estatales, y no estatales, a menudo sin uniformes, a veces portando símbolos reconocibles como cruces o gafas de sol Ray-Ban, al modo de las milicias croatas y de Bosnia-Herzegovina. Son guerras en las que son raras las batallas, donde la mayor parte de la violencia se dirige contra la población civil en consonancia con las tácticas de la contrainsurgencia y de la limpieza étnica. Son guerras donde se derrumban las recaudaciones tributarias y la financiación del esfuerzo bélico se realiza mediante el robo y el saqueo, el comercio ilícito y demás ingresos generados por la guerra. Son guerras donde la distinción entre combatientes y excombatientes o entre violencia legítima y criminal se difuminan. Son guerras que exacerbaban la desintegración del Estado —caída del producto interior bruto, pérdida de ingresos tributarios, pérdida de legitimidad, etc—. Ante todo, cimientan nuevas identidades sectarias (religiosas, étnicas o tribales) que socavan el sentido de una comunidad política compartida. De hecho, se podría incluso afirmar que éste es precisamente el sentido de estas guerras. Recrean el sentido de la comunidad política a través de nuevas líneas divisorias, mediante la promoción del miedo y el odio. Crean nuevas distinciones entre amigos-enemigos. “Esta guerra tuvo que ser tan sangrienta porque no nos odiábamos”, me llegó a decir un compañero serbo-bosnio.

Claro que, estas guerras no son del todo “nuevas”. Tienen mucho en común con las guerras del período pre-moderno en Europa, y con las guerras que tuvieron lugar fuera de Europa durante este período. También se pueden reconocer algunos elementos de lo que yo defino como “guerras nuevas” en las “viejas guerras” —por ejemplo, en las repercusiones que tuvo la I Guerra Mundial sobre el Imperio Otomano—.

Las viejas guerras llegaron a su cenit a mediados del siglo XX. La aplicación de la ciencia y la tecnología al arte de matar, junto con las crecientes capacidades de movilización de

los Estados llevaron a una destrucción a escala inimaginable. Cerca de 35 millones de personas murieron en la I Guerra Mundial, y 50 millones en la II Guerra Mundial. En Auschwitz fallecieron tantas personas en unas pocas semanas como en el Tsunami o en toda la guerra en Bosnia-Herzegovina. Un número parecido perdió la vida en una noche de bombardeos sobre Tokio, Dresden, Hamburgo, Hiroshima o Nagasaki. Sin embargo, la mitad de los que murieron eran civiles. De la experiencia de esas guerras llegó el Estado totalitario centralista y los bloques de Estados —el punto más álgido en el proceso de construcción de Estados—. Cuando George Orwell escribió su novela *1984*, su tétrica visión de unos bloques totalitarios en conflicto, estaba pensando no solo en la Unión Soviética sino también en el Reino Unido de la posguerra. 1984 era 1948 al revés. Ante todo, estas guerras dieron pie a la emergencia de un nuevo concepto de lo político que se extendía más allá del Estado a bloques de naciones; la idea de la democracia contra el totalitarismo, o del socialismo contra el fascismo.

Tanto la Guerra Fría como la guerra contra el terror son formas de mantener vivo este concepto de viejas guerras, ligado a una visión más amplia de la comunidad política. La visión de las viejas guerras está aún muy arraigada en la retórica de los políticos. Esto último les impide ver la realidad de las nuevas guerras.

La guerra imaginaria

Yo defino a la Guerra Fría como una “guerra imaginaria”. Se suele decir que Europa, e incluso el mundo, disfrutaron de la “paz” tras la II Guerra Mundial. Dejando de lado que se libraban guerras muy reales en Hungría o Checoslovaquia, y en múltiples lugares de lo que se llamaba en aquella época el Tercer Mundo, en Europa vivíamos como si estuviéramos en guerra con millones de personas armadas, simulacros, historias de espionaje, propaganda hostil, etc. Vivíamos con un grado de ansiedad y miedo asociado generalmente con la guerra, pero fomentado además por entidades —las industrias de defensa, el Estado centralista— y por la distinción de amigo-enemigo que dividía al mundo en dos campos ideológicos diferenciados, brindando un instrumento ideal para desacreditar a la oposición. Durante todo este período, la Guerra Fría era percibida como un poderoso conflicto ideológico, un “gran enfrentamiento”, como lo señaló Deutscher, entre la democracia y el totalitarismo, o entre el capitalismo y el socialismo.⁶ Esta idea, este “conflicto global”, fue una forma de definir la comunidad política dentro de cada bloque. La Guerra Fría convenía a ambas partes por igual. La II Guerra Mundial había resuelto el problema del desempleo masivo y del destructivo nacionalismo económico de la década de los treinta en Occidente, y de la ineficacia y falta de legitimidad en Oriente. La Guerra Fría reproducía estas soluciones. En cierta medi-

⁶ Isaac Deutscher, *The Great Contest: Russia and the West*, Oxford University Press, Oxford, 1960.

da, tanto la izquierda como la derecha simpatizaban con esta idea. La derecha argumentaba que el conflicto se libraba entre la libertad y el totalitarismo. La izquierda, por su parte, se desacreditaba percibiendo que el conflicto era entre el capitalismo y el socialismo.

No quiero sugerir que esto fuera el resultado de decisiones conscientes tomadas por las élites. Era más bien el resultado de sus propias experiencias durante la II Guerra Mundial, y de las estructuras estatales que se crearon en este período. Si se analiza la evolución de la carrera armamentística en la Guerra Fría, se puede constatar que era mucho más sencillo de explicar para cada parte haciendo alusión a un rearme contra un enemigo alemán que contra el otro. De ahí que las armas nucleares se concibieran como la continuación de los bombardeos a larga distancia y se situaron bajo las órdenes del mando aéreo estratégico. EEUU se intentaba anticipar a una operación de *Blitzkrieg* a través de las llanuras del norte de Alemania, y se veía teniendo que rescatar a los europeos haciendo gala de sus conocimientos superiores. Los rusos, por su parte, nunca realizaron bombardeos selectivos; todo lo contrario, los bombardeos se consideraban una táctica fascista. Creían que no había alternativa alguna a las fuerzas armadas convencionales. La aviación era vista como un complemento para las fuerzas terrestres, “las sirvientas de la artillería” según Stalin, de ahí que cuando se desarrolló la tecnología de los misiles, estos eran percibidos como artillería y colocados bajo el mando de la academia de artillería.

Tampoco sugiero que hubiese simetría. Muchas personas en Occidente apoyaban la Guerra Fría y sentían que se beneficiaban de la experiencia. Pero la imposición del estalinismo supuso una verdadera tragedia para los pueblos de Europa Central, y el dominio de los soviéticos sobre Europa central se sostuvo gracias a la Guerra Fría.

Durante todo este período, al menos en Occidente, siempre hubo problemas de “credibilidad”. Si la guerra era puramente imaginaria, ¿cuánto duraría entre los enemigos y amigos la creencia en el poder estadounidense? Entre la década de los cincuenta y los sesenta se acumularon un número increíble de armas nucleares, suficientes para destruir el mundo varias veces. Según Von Clausewitz, la estrategia es el uso de la fuerza militar para fines políticos. Pero, ¿qué significaba la estrategia si era demasiado peligrosa para ser utilizada?, se preguntaban estrategas como Schelling. ¿Qué pasaría si los insurgentes en América Latina o el Sudeste asiático no se sintieran disuadidos? ¿Cómo usar la fuerza de una forma limitada? Una respuesta era que la estrategia provenía de cómo usar la fuerza en una guerra imaginaria, en la que todos conocen las reglas. Los arcanos debates occidentales entre, por ejemplo, la destrucción mutua asegurada y la respuesta flexible, deben explicarse en estos términos. “Siempre me ha preocupado menos lo que pudiera ocurrir en un intercambio nuclear real que el efecto que tiene el equilibrio nuclear en nuestra voluntad de tomar riesgos en situaciones locales”, dijo recientemente Richard Perle, presidente del Consejo de Defensa del Pentágono. “No es que me preocupe la posibilidad de que los sovié-

La “guerra
contra el
terror” es
una guerra
imaginaria
desde el
punto de
vista
estadou-
nidense

ticos ataquen EEUU con armas nucleares confiados en que pueden ganar esa guerra nuclear. Lo que me preocupa es que un presidente estadounidense sienta que no pueda tomar acción en una crisis porque las fuerzas nucleares soviéticas son tantas, que caso de escalar el conflicto, están mejor situadas que nosotros para subir por la escalera de la escalada”.⁷ Star Wars, la Iniciativa Estratégica de Defensa, actualmente denominada Defensa Nacional de Misiles, eran creados para proteger a EEUU y, por lo menos psicológicamente, que la fuerza pudiera ser utilizada de nuevo.

Sin embargo, se libraron las llamadas guerras “limitadas”, principalmente en Vietnam. El fracaso en este país asiático fortaleció de forma simultánea el sentir popular de que la guerra es inaceptable, de que la II Guerra Mundial jamás debería repetirse; mientras que, al mismo tiempo, alimentaba la preocupación de los estrategas militares en conceptos como “credibilidad” y “utilidad”.

Este es el contexto en el que debe comprenderse la “guerra contra el terror”. Los estadounidenses creen que han descubierto una nueva forma de guerra, que hace uso de las tecnologías de la información, que es rápida, precisa y con escasas bajas. Una guerra que es completamente imaginaria desde el punto de vista estadounidense —los estadounidenses no tienen que pagar mayores impuestos ni arriesgar sus propias vidas—. En la televisión se pueden ver las imágenes como si fuera una repetición de la II Guerra Mundial. Pueden imaginar que están encabezando una misión a favor de la democracia y contra terroristas y tiranos.

Nuevas tecnologías para viejos esquemas

Los orígenes de este tipo de guerra se remontan al alba de las tecnologías de la información, en las décadas de los setenta y ochenta. En la época que siguió a la guerra de Vietnam se generó un intenso debate sobre el futuro de la estrategia. La escuela del reformismo militar argumentaba que las municiones guiadas con precisión incrementaban considerablemente la vulnerabilidad de las aeronaves y tanques, y que la OTAN debería tener una posición más defensiva. Los promotores de la estrategia militar tradicional respondían que las maniobras ofensivas eran ahora mucho más importantes que durante la II Guerra Mundial, que las municiones de destrucción de áreas podían

⁷ Citado en Mary Kaldor, *The Imaginary War: Understanding the East-West Conflict*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 202-203.

devastar las defensas y que los misiles y aeronaves no tripuladas podían realizar ataques precisos a larga distancia. Esta última escuela de pensamiento, fiel reflejo de las presunciones naturales e intereses propios de las industrias militares y de defensa, se impuso en el debate y a raíz de esto se desarrollaron una serie de nuevas estrategias: la Batalla Aeroterrestre en los ochenta; en los noventa llegaría la Revolución de los Asuntos Militares; y, tras la elección del presidente Bush, lo que Rumsfeld denomina la Transformación de la Defensa.

Aunque el gasto militar se redujo tras el fin de la Guerra Fría, la investigación liderada por los militares se redujo en mucha menor medida, permitiendo el desarrollo de tecnologías que surgían de la Guerra Fría, además de otras nuevas. Sin embargo, lo que ha ocurrido es que las tecnologías de la información se han trasplantado sobre las asunciones tradicionales en cuanto a las formas en las que se deberían usar las fuerzas militares y sobre las estructuras institucionales tradicionales. En realidad, los métodos no han cambiado demasiado desde la II Guerra Mundial. Se centran en una combinación de bombardeos aéreos a larga distancia seguidos de maniobras ofensivas de gran rapidez.

Un aspecto interesante de las nuevas tecnologías es la simulación bélica. El Departamento de Defensa estadounidense recluta a productores de Hollywood para ingeniar los peores casos posibles, dando lugar a lo que James Der Derian llama Mime-net — una red formada por los militares, la industria, los medios de comunicación y la industria del entretenimiento—. ⁸ El simple uso de juegos de guerra virtuales alimenta las asunciones de los estrategas que se han formado en el marco de la Guerra Fría. Uno de los comentarios más citados sobre la guerra en Irak es del general William Wallace, encargado de las unidades militares estadounidenses en Irak, según el cual “el enemigo al que combatimos es un poco distinto de aquel al que ganamos la guerra”. ⁹

Sobre el enemigo

Mucho antes del 11-S, los estrategas hablaban de lo que definían como amenazas asimétricas, los riesgos del terrorismo y de “Estados canallas” que daban cobijo a los terroristas. Nunca fue muy claro por qué la revolución de los asuntos militares o la transformación de la defensa iban a suponer la respuesta a estas amenazas asimétricas. El 11 de septiembre lo primero que se me pasó por la cabeza fue que esto era real y que EEUU tendría que de-

⁸ Ver James Der Derian, *Virtuous War: Mapping the Military-Industrial-Media-Entertainment Network*, Westview Press, Boulder, Colorado, 2001.

⁹ Este comentario fue citado en la edición del 1 de abril de 2003 de *The New York Times*, una “parte” se omitió y fue corregida el 3 de abril de 2003.

sarrollar una visión distinta. Pero, me equivocaba. Teniendo en cuenta a las personas que rodean al presidente Bush, como Richard Perle o Dick Cheney, que habían sido educados en la escuela de la Guerra Fría, era posiblemente inevitable que la respuesta elegida fuese una forma reconstruida de la II Guerra Mundial, y que el 11-S se comparase con Pearl Harbour. La guerra contra el terror, al igual que la Guerra Fría, es considerada como una cruzada poderosa, una pugna entre la libertad y el totalitarismo. De hecho, el islam global es tratado como una nueva ideología totalitaria, a pesar de que el totalitarismo, a mi parecer, está intrínsecamente ligado al poder estatal. Además, al igual que en la Guerra Fría, algunas personas de izquierda ayudan a la progresión de la idea defendiendo la resistencia en Irak, por ejemplo, o explicando el auge del islam global en términos de injusticias globales. Para los europeos está claro que la guerra contra el terror es mucho menos convincente de lo que fue la Guerra Fría. Sabíamos más sobre la realidad del comunismo que los estadounidenses y estábamos más cerca de la memoria de la II Guerra Mundial en aquella época. Pero no estoy segura de que esto sea cierto en EEUU y, de hecho, creo que ese puede ser el significado verdadero de la reelección de Bush. La idea de la guerra contra el terror es para muchos estadounidenses tanto o más convincente que la Guerra Fría.

**La "guerra contra el terror", al igual que la Guerra Fría,
es considerada como una cruzada poderosa, una pugna
entre la libertad y el totalitarismo**

El problema es que aunque la Guerra Fría fuese imaginaria, la guerra contra el terror es cruelmente real, sobre todo si uno vive en Irak. La invasión se ajustó a los sueños de Bush y Rumsfeld. Fue vistosa y dramática. De hecho, los iraquíes apenas lucharon: el Ejército y la Guardia Republicana obedecieron las órdenes que se plasmaban en los pasquines con los que les bombardeaban los estadounidenses, pidiéndoles que se fueran a sus casas y se despojasen de sus uniformes. Aparte de unos cuantos irredentos grupos irregulares, no hubo resistencia como tal. Fueron más unas maniobras que una guerra. Pero los estadounidenses se comportaron como si hubieran ganado la II Guerra Mundial. Intentaron recrear las ocupaciones de Alemania o Japón disolviendo el ejército e introduciendo un fuerte proceso de "desbaazificación", humillando y enfureciendo a las mismas personas que les habían permitido hacerse con el campo de batalla.

Además, el impacto de luchar una vieja guerra reconstituida no fue la victoria sobre un Estado enemigo, sino la desintegración de ese Estado y la aparición de una nueva guerra. Lo que está ocurriendo sobre el terreno en Irak es que EEUU se está viendo arrastrado en una "nueva guerra" totalmente real. Por culpa de la escasez de tropas, cada vez más con-

tratistas privados se están incorporando a la guerra, por lo que el conflicto se libra mediante una red de actores estatales y no estatales. La dificultad de distinguir entre los insurgentes y los combatientes, hace que la mayoría de las víctimas sean civiles. La revista *Panorama* publicaba que, según estadísticas del Ministerio de Salud iraquí, en tres meses (agosto-noviembre 2005) se produjeron más de 3.000 bajas civiles, de las que la mayoría murieron a manos de las tropas de la Coalición. En Faluja el número de personas desplazadas es alrededor de los 300.000. En el ataque sobre Sadr City, en agosto de 2005, se contabilizaron unas 3.000 bajas. Esto hace que la oposición se consolide y fortalece las tendencias extremistas *jiadistas*, alimentando cada vez más la idea de la “guerra contra el terror”.

Al analizar la nueva guerra en términos de las relaciones sociales de la guerra, nos topamos con una visión muy distinta de cómo tratar con este tipo de conflictos, y sobre cómo tratar al terrorismo en general. No quisiera sugerir que el terrorismo no es una seria amenaza. Al contrario, creo que es demasiado serio para ser rehén de fantasías de viejas guerras. De hecho, sentía lo mismo respecto del comunismo. Las armas nucleares nos impedían adoptar una seria estrategia para socavar el comunismo; esto sólo era posible en un contexto de *entente*.

La II Guerra Mundial marcó el fin de las viejas guerras. Las guerras de este tipo son hoy imposibles; son sencillamente demasiado destructivas para ser libradas; se han convertido en algo inaceptable y, de hecho, ilegítimo. La guerra que libraron Irán e Irak durante ocho años fue posiblemente la excepción que confirma la regla. Fue increíblemente destructiva y llevó al empate militar, y por lo menos del lado iraquí, lejos de consolidar al Estado, supuso el principio de la desintegración, de la progresión hacia una nueva guerra.

Una nueva perspectiva

Las nuevas guerras violan deliberadamente todas las convenciones de las viejas guerras, además del nuevo corpus de legislación sobre los derechos humanos que se ha ido construyendo desde la II Guerra Mundial. La clave para tratar con las nuevas guerras tiene que ser la reconstrucción de la legitimidad política. Si las viejas guerras establecieron una noción de legitimidad en términos de la distinción amigo-enemigo, en las nuevas guerras esta distinción destruiría la legitimidad política. De ahí que la legitimidad política sólo se pueda reconstruir sobre la base del consentimiento popular y en el marco del Derecho Internacional. Esto implica promover la democratización en situaciones complejas o hacer uso de varios mecanismos internacionales y del derecho para apoyar tales procesos.

¿Existe aún un rol para la fuerza militar? La fuerza militar es necesaria para proteger a las personas y asegurar el cumplimiento de la ley. Estoy a favor de la intervención demo-

crática en casos de amenazas de catástrofe humanitaria. Pero ésta no se puede realizar mediante las técnicas bélicas clásicas. Se pueden contemplar nuevos usos defensivos de la fuerza enfocados hacia la prevención, la protección y la estabilización, y no en la consecución de la victoria.

Carl Schmitt argumentaría que no puede existir una comunidad política sin enemigos. En aquellos casos en los que se recurre a la fuerza en nombre de la humanidad, el adversario ya no es un enemigo como tal, sino un forajido, alguien que amenaza la paz. Si Schmitt tiene razón, estamos ante un futuro desolador, una nueva guerra global y contagiosa es posible. Pero, si creemos que es posible mantener unidas a comunidades políticas con algo más allá del miedo, entonces se abriría una alternativa, una transformación del concepto del Estado, en el que los Estados dejarían de estar inherentemente ligados a la guerra, para operar dentro de un marco multilateral. Al argumento sobre la humanidad se le podría dar un vuelco. Si empezamos a llamar a los terroristas enemigos, les otorgamos un estatus político; de hecho esto bien podría ser lo que pretenden. Yo considero más acertado verles como forajidos, como personas que quebrantan la paz, y hacer uso de los métodos policiales y de inteligencia para enfrentarse a ellos, y no el recurso de las viejas guerras.

Los intentos por recrear las viejas guerras nos impiden tratar con las realidades del mundo contemporáneo y globalizado. Efectivamente, elementos de las viejas guerras se incorporan y exacerbando las nuevas guerras que se libran en la actualidad en Irak y en otros lugares. Las llamo "nuevas" no porque sean del todo nuevas sino porque sólo podemos desarrollar estrategias alternativas si somos capaces de distinguirlas de conceptos anteriores como son: la II Guerra Mundial, la Guerra Fría o la "guerra contra el terror". En el mundo actual existe un enorme vacío de seguridad. Millones de personas viven a diario el temor a la violencia. Sin embargo, nuestras concepciones de la seguridad, alimentadas por la experiencia dominante que supone la II Guerra Mundial, no reducen esta inseguridad. De hecho, la empeoran.